

DIMENSION ETICA DE LA ACTIVIDAD SOCIOECONOMICA

Enrique Colom Costa

Los escritos de Juan Pablo II no se prestan a una simplificación superficial. Sin embargo, si se quisiera sintetizar en pocas palabras su reciente encíclica, me atrevería a hacerlo así: muestra la *dimensión ética de la actividad socioeconómica* y, por consiguiente, hace ver que la verdadera solución a los problemas de nuestro mundo se debe buscar en el ámbito moral. La *Sollicitudo rei socialis* insiste sin cansancio en que la vida social, la extrema pobreza, el problema ecológico, la desocupación, los sin-techo, la paz, etc., son temas éticos, antes que técnicos; y que el pleno desarrollo humano -sin descuidar las soluciones políticas, económicas, etc.- exige sobre todo un adecuado comportamiento ético.

No pretendemos, en este lugar, comentar la última encíclica del Papa. Nuestra finalidad es más limitada: basándonos precisamente en unos escritos de Karol Wojtyla¹, y usando un método filosófico-antropológico, intentaremos llegar a las mismas

1. KAROL WOJTYLA, *I fondamenti dell' ordine etico*, CSEO, Bologna, 1980. Este libro -constante inspiración de nuestro artículo- es una recopilación de once ensayos, publicados en polaco entre 1955 y 1970.

conclusiones de la *Sollicitudo rei socialis*: mostrar la dimensión profundamente moral del quehacer socioeconómico y, como consecuencia, la necesidad de un empeño moral en tales actividades.

I. *La ética social, verdadera ciencia*

Una de las paradojas de nuestro tiempo es la gran sensibilidad -y la correspondiente denuncia- respecto a la injusticia de las estructuras, la inmoralidad económica, etc., a la vez que se desprecia, o quizá peor, se ignora con plena indiferencia, la ética social, pensando que es algo trasnochado propio de una época humana pre-científica.

Las raíces de esa crisis -que afecta a la ética en su totalidad- son lejanas: toma cuerpo sobre todo con la "Ilustración" kantiana. Tradicionalmente la ciencia moral trataba de los actos humanos bajo el aspecto de bien o de mal que esos actos contenían y producían: era así una ciencia normativa y, al mismo tiempo, una ciencia experimental ya que tenía en cuenta una verdadera experiencia ética. Los herederos de Kant -aunque se podrían encontrar diversos precedentes- realizan una separación entre los elementos de la vida moral: el aspecto intelectual, *a priori*, que se refiere al juicio normativo, cuyo estudio correspondería a la lógica; y el aspecto experimental, la reacción del hombre frente a la norma, que debería estudiarse con el método psicológico². Así, la postura crítica que, respecto al conocimiento, ha ido arraigando en el campo filosófico, no podía menos que tener funestas consecuencias en la moral socioeconómica.

2. "Conseguentemente alla kantiana concezione critica dell'etica, è avvenuta una disintegrazione del suo contenuto omogeneo che è stato ridotto, da una parte, alla logica e dall'altra alla psicologia". *Ibidem*, pp. 87-88.



La cuestión se enlaza con el nacimiento, en la edad moderna, de ciencias humanas -psicología, sociología, economía...- que se desarrollan con métodos propios, y no siempre buscan una fundamentación filosófica y ética. No es de extrañar que entre los expertos de estas ciencias, sean teóricos -profesores, analistas sociales, etc.- o prácticos -por ejemplo empresarios-, no haya acuerdo sobre qué es, o, más en profundidad, sobre si existe una ética de las relaciones sociales.

"Estos dos procesos: la descomposición del conjunto originario de la doctrina de carácter filosófico en una multiplicidad de ciencias particulares que se desarrollan con criterios propios de rigor científico y la actitud crítica hacia la misma conciencia humana, han delineado gradualmente la situación en la que viene a encontrarse la ética"³, incluida la ética económica.

Esta situación se manifiesta en las dos orientaciones -opuestas, pero no necesariamente contradictorias- con que suele afrontarse el estudio de los valores socioeconómicos: el empirismo positivista y el racionalismo apriorístico. El primero, considerando como único fundamento, fuente y criterio de verdadero saber la experiencia sensitiva, niega la posibilidad de una ciencia ética de carácter universal, y sólo admite como valores socioeconómicos los empíricamente constatables en cada época de la sociedad. Al empirismo no le interesa saber -incluso niega la posibilidad científica de ese conocimiento- qué cosa es en sí misma buena o mala; limita su función a describir los hechos morales -qué es lo que una sociedad acepta como bueno o malo-, sus condicionamientos sociológicos o psicológicos, su evolución histórica.

3. "Questi due processi: la scomposizione dell'insieme originario della dottrina di carattere filosofico in una molteplicità di scienze particolari che si gestiscono con propri criteri di scientificità e il rapporto critico verso la stessa coscienza umana, hanno gradualmente delineato la situazione in cui si è venuta a trovare l'etica". *Ibidem*, p. 15.

Por su parte, el racionalismo apriorístico, con su aspiración a desarrollar una certeza científica, busca el punto de apoyo no en la experiencia, sino en un juicio primario *-a priori-* de la razón. Habrá así tantos sistemas de valores éticos cuantos sean los juicios *a priori* que se acepten como fundamento: por ejemplo el liberalismo basado en el "laissez faire", o el marxismo que se apoya en la "verdad-praxis".

Para mayor complicación, esta diversidad de posturas ha llevado a muchos a pensar que el terreno ético-filosófico está caracterizado por la subjetividad y la opinión, por lo que no sería susceptible de ser tratado con rigor científico; surge de ahí una inclinación al escepticismo y agnosticismo, que hace aún más difícil aceptar que exista una verdadera ciencia de los valores (éticos) económicos. A lo más se admite -como ya hemos visto- una psicología o una sociología de la moralidad, que examinan los fenómenos éticos sin proponerse el verdadero problema ético: qué conducta socioeconómica es, en sí misma, buena o mala, y por qué lo es. Las ciencias de los fenómenos morales -psicología o sociología- son ciencias de la norma, aunque no ciencias normativas. Ciertamente, en este sentido, pueden aportar conocimientos útiles para el estudio o determinación de la moralidad del uso de los bienes terrenos, pero no se refieren al fundamento último de los valores éticos. La existencia experimental de estos valores morales -que veremos a continuación- postula una verdadera ciencia de la ética social.

II. *Realidad de de la experiencia ética*

La desintegración de la ética de que venimos hablando "está sin embargo en evidente contradicción con la experiencia. No se pueden reducir los hechos de la vida ética por una parte a la lógica y por otra a la psicología, ya que la experiencia ética constituye una totalidad de naturaleza particular, cuyas específicas propiedades,

fuera de esa totalidad, cesan de ser ellas mismas (...). Afirmamos pues que en ambas concepciones (...) junto a la pérdida de la antigua concepción del acto ético se ha realizado una cierta deformación de la misma experiencia ética"⁴. Aplicando estas consideraciones a la realidad social, el hecho de que se busquen fundamentos apriorísticos de los valores sociales por un lado, y que, por otro lado, existan unas ciencias que estudian los fenómenos morales socioeconómicos desde el punto de vista psicológico o sociológico, lleva a plantear la necesidad de una disciplina que estudie esos valores socioeconómicos bajo un prisma propiamente ético. Es decir, induce a buscar aquello que distingue los fenómenos morales del resto de los fenómenos conexos con la vida y la actuación del hombre en la sociedad; en otras palabras, los mismos planteamientos morales reductivistas hacen pertinente la pregunta sobre qué es lo que constituye la especificidad de la ética social.

El reconocimiento de esta especificidad -qué es moralmente bueno o malo en los hechos sociales, y por qué lo es- ha sido patrimonio constante del hombre, y es el único modo de evitar el callejón sin salida que apuntábamos al principio. En esta perspectiva aceptamos un cierto conjunto de presupuestos de la vida social, lo que nos aparta del empirismo sensista; y a la vez, admitimos un punto de partida experimental -experiencia *sui generis*, pero verdadera experiencia-, que evita el rígido apriorismo.

Es cierto que la moralidad no es objeto de experiencia puramente empírica, como lo es por ejemplo el "fenómeno moral"

4. "Una simile disintegrazione sta tuttavia in evidente contraddizione con l'esperienza. Non si possono ridurre i fatti della vita etica da una parte alla logica e dall'altra alla psicologia, poiché l'esperienza etica costituisce una totalità di natura particolare, le cui specifiche proprietà, al di fuori di questa totalità, cessano di essere se stesse (...). Affermiamo dunque che in ambedue le concezioni (...), insieme al distacco dalla vecchia concezione dell'atto etico si è avuta una certa deformazione dell'esperienza etica stessa". *Ibidem*, p. 88.

estudiado por la psicología o la sociología. Pero no es menos cierto que el fenómeno moral "revela" de una manera particular y propia, la eticidad de la actuación socioeconómica; si no fuera así, el fenómeno moral sería carente de contenido, una pura elucubración propia de psiques enfermizas, y no podría explicarse su persistencia a través de los tiempos, ni que las mentes más sanas y preclaras de la historia hayan aceptado su realidad. Por eso, hemos de concluir que somos capaces de trascender los fenómenos morales y llegar a la misma experiencia ética, que no se reduce a un puro *a priori* de la razón. Esto nos permite construir una verdadera ciencia de la ética social.

La experiencia -peculiar, pero cierta- de los valores morales supone, como toda experiencia, dos aspectos: el elemento-aspecto de la realidad, de algo -lo experimentado- que tiene una existencia real y objetiva, independiente del sujeto que lo experimenta; y el elemento-aspecto de su conocimiento, del acto de conocer, que comporta una cierta asimilación intencional del objeto conocido. Esta asimilación manifiesta, a su vez, la aspiración que tiene el hombre a captar la realidad tal como es, la aspiración -en definitiva- hacia la verdad.

Los dos elementos llevan a la conclusión de que la realidad no puede identificarse con el conocerla: por una parte, el "aparecer" de la experiencia impide la identificación entre objeto y sujeto; por otra, "si *esse* fuera igual a *percipi* (como sostienen los idealistas), entonces la necesidad de aspirar a la verdad del conocimiento sería totalmente incomprensible. Se puede decir que permanecería 'sin atribución'. Si *esse* fuera igual a *percipi*, la verdad del mismo hecho de conocer estaría contenida enteramente en todo acto cognoscitivo (*percipi*), y consiguientemente ninguna aspiración a la realidad tendría razón de existir en este acto"⁵.

5. "Se *esse* fosse uguale a *percipi* (come sostengono gli idealisti), allora quella necessità di aspirare alla verità della conoscenza sarebbe del tutto incomprensibile. Si può dire che resterebbe 'senza attribuzione'. La verità del

Así pues, la experiencia del fenómeno moral, de la existencia de actuaciones sociales que calificamos como buenas o malas, comporta la existencia de una moralidad social objetiva, la existencia de acciones que *son* en sí mismas buenas o malas. Quedarse sólo en el aspecto fenomenológico de la ética, estudiado por la psicología o la sociología, procede de un *a priori* antimetafísico, sin base racional ni científica: se parecería, de algún modo, al intento de reducir la medicina al estudio de las reacciones psicológicas o sociológicas ante la enfermedad, sin estudiar -so disculpa de que no existe objetivamente- qué es la enfermedad (y la salud), cuáles son sus causas y remedios.

III. *La persona, causa del actuar moral*

Si algo se expresa con fuerza en el estudio fenomenológico de la voluntad, es la experiencia de que el "yo" personal aparece como la verdadera causa eficiente de sus acciones; en los actos voluntarios -actos humanos-, la persona es consciente de ser el artífice de su realización. Es precisamente la autoconsciencia de la propia causalidad, lo que se revela como acción voluntaria; y lo que, a su vez, constituye el fundamento psicológico experiencial de la propia responsabilidad ética en cada uno de los actos voluntarios: "la causalidad de la persona produce de algún modo el valor ético, que de inmediato la misma persona descubre empíricamente en sí como en un sujeto"⁶.

Los fenomenólogos, muchas veces, no pasan de aquí: afirman que los valores morales aparecen en la persona como en

fatto stesso del conoscere è invece contenuta interamente in ogni atto conoscitivo (*percipi*), quindi nessuna aspirazione alla realtà avrebbe ragione di esistere in questo atto, se *esse* fosse uguale a *percipi*". *Ibidem*, p. 25.

6. "La causalità della persona produce in qualche modo il valore etico, che in seguito la stessa persona accerta empiricamente in se come in un soggetto". *Ibidem*, p. 66.

su propio sujeto -son inmanentes a la persona-, y aparecen como consecuencia de la propia causalidad personal. Pero, como antes, también aquí resulta insuficiente quedarse sólo en el aspecto inmediato; la experiencia del valor ético no es sólo lo que "aparece" -el sentimiento del deber o la emoción del valor-, sino que va más a fondo: al hecho de que esa persona, en cuanto tal, es buena o mala. El hombre, además de ser sujeto fenomenológico de valores éticos se perfecciona o se degrada. Ese devenir moral forma parte de una experiencia real, ya que es vivido por la misma persona como sujeto eficiente; la experiencia ética no sólo se cumple -fenomenológicamente- *en* la persona sino que también es una experiencia *de* la persona, puesto que se refiere a su mismo ser.

Apuntemos brevemente tres consecuencias de lo indicado, sin pretender llegar a toda la riqueza de sus aplicaciones prácticas:

a) Como el sujeto (y al mismo tiempo objeto) del acto moral es el hombre, la experiencia de la moralidad está siempre conectada con la experiencia del hombre: son dos experiencias que se implican recíproca y bilateralmente. El hombre se capta a sí mismo a través de la actuación moral, no de un modo exclusivo, pero sí privilegiado; de ahí que exista -como también los etnólogos han puesto de relieve al estudiar los pueblos primitivos- una unión esencial entre la moralidad y el modo de ser del hombre, entre la ética y la antropología: una ética deficiente, es señal de una antropología deficiente, y la falta de valores morales en una persona o en una sociedad es prueba de anormalidad en esa persona o en esa sociedad.

b) Aunque una concepción de la moralidad "puramente sensible" debe ser rechazada, porque el hombre no es sólo sentimiento, igualmente debe rechazarse una concepción puramente "intelectualista". El aspecto sensitivo-emocional, sin ser el más importante, juega un papel en la vida ética, ya que es el hombre entero el artífice de los hechos morales.

c) El estudio del fenómeno moral pone de manifiesto la existencia de instituciones, grupos sociales, etc., que pueden

calificarse de más o menos morales o inmorales. La sociedad, como tal, también es sujeto de valores éticos, y lo es de un modo óntico no sólo fenomenológico: las estructuras sociales *son* -no sólo *aparecen*- mejores o peores. Sin embargo, al mismo tiempo, la experiencia nos dice que únicamente en la persona individual se manifiesta la autoconciencia de la causalidad ética; o, dicho de otro modo, las estructuras no tienen voluntad en el sentido propio. Por eso pueden ser condición, pero no causa verdadera, de las actuaciones morales.

IV. *La moral social como ciencia práctica*

La ética no trata sólo de conocer por qué una actuación humana es buena o mala. Su función es también la de dirigir dicha actuación hacia el bien; en este sentido es una ciencia práctica que busca la perfección del hombre: la persona -y la sociedad-, al seguir las normas morales, va alcanzando la plenitud propia. Sin embargo, las éticas basadas en una filosofía inmanentista de la conciencia, no tienen esa cualidad de perfeccionar; sólo la poseen las que se basan en la filosofía realista del ser y, por tanto, del bien.

La conciencia considerada como sujeto autónomo de la acción, separada del ser humano, es una conciencia concebida de modo inmanente, en la que sólo caben valores de contenido intencional, que no perfeccionan realmente al ser humano, ya que -en ese contexto- ni siquiera tiene sentido hablar del perfeccionamiento de la misma conciencia. Además, en conexión con lo indicado, no se puede olvidar que esas éticas no aceptan actos morales de carácter causal: lo específico de su moralidad se queda en el sentimiento del deber y del respeto a la ley (Kant), en la experiencia emocional de los valores (Scheler), etc., pero no llegan a la realidad del bien o del mal en sí mismos. Es precisamente la experiencia de la real causalidad moral del hombre

la que se encuentra en la base de todo acto de perfeccionamiento moral: la persona cambia éticamente porque es ella misma la causa eficiente de sus acciones morales.

En definitiva, sólo puede llamarse verdaderamente ética social, aquella ciencia que proponga directrices de acción, a través de las que se pueda lograr un perfeccionamiento de las personas, en cuanto tales, y de sus relaciones socioeconómicas.

V. Conclusiones

La realidad empírica de los fenómenos éticos sociales, que nadie niega y que es de inmediato conocimiento, lleva a reconocer -experimental, aunque no sensitivamente- la existencia de una moral socioeconómica de carácter objetivo.

Los actos voluntarios de las personas no sólo producen una transformación ética en los individuos -se hacen buenos o malos-, sino también en las mismas instituciones sociales que, objetivamente, pueden ser mejores o peores; este carácter ético de las estructuras condiciona, pero no determina, las actuaciones morales personales.

Por último, no basta demostrar la existencia de un verdadero saber científico en el campo de la moral socioeconómica: es necesario además -quizá en mayor medida- conocer y difundir sus criterios, y practicar -ayudando a que otros también lo hagan- sus directrices. Sólo de esta manera lograremos construir una civilización digna del hombre.